

por ignorar Juan de Pena y sus compañeros la lengua del país: preguntábanles si querían hospedaje y si eran herejes, y a ambas cosas respondían: *Ya*, esto es, *sí*, única palabra tudesca que conocían; lo que ocasionó que aquella gente ruda les encarcelase, apedrease y maltratase en tal manera, que espantados se volvieron a Italia. En Ungría fueron, si cabe, peor recibidos; pero Francisco no abandonaba una tierra por estéril que pareciese. Bastantes años después del fracaso de Juan de Pena, en un capítulo que preside el vicario fray Elías, Francisco, tirando a éste de la manga de la túnica, le habla al oído; levántase entonces Elías, y se dirige a los frailes:—"Hermanos, les dice, el hermano (así era llamado Francisco por antonomasia) me recuerda que existe una región llamada Teutonia, donde los hombres son cristianos, y aun devotos... A veces cruzan nuestro país, y visitan los santuarios cantando himnos a Dios... Los frailes que hemos enviado allí fueron, sin embargo, mal acogidos; ninguno está, pues, obligado a volver; pero el que movido de inspiración celeste lo hiciere, tendrá el mismo mérito que si fuese entre infieles... Si alguno hay que no tema al peligro, levántese."—Noventa frailes se irguieron presurosos, demandando a porfía el puesto de honor. Nombrado ministro Cesáreo de Espira, de trágicos destinos, eligió éste veintisiete de los aspirantes a misioneros en Germania; entre ellos contábase Celano, el primer biógrafo de San Francisco. El éxito, que corona siempre la perseverancia, lució para esta nueva misión de Teutonia, y en breve las principales ciudades alemanas vieron surgir conventos en su seno.

Ya sabemos cómo en España se propagó la Orden: entre los incidentes de las diversas fundaciones, narran las crónicas el caso de dos frailes que, habitando en pobre ermita cercana a Toledo, y subiendo un día a la ciudad a pedir limosna, por casualidad se en-

traron en la arena donde algunos mozos rejoneaban y corrían un toro bravo. Al ver a los frailes, los bulliciosos hidalgos, por burla, les invitaron a bajar al redondel y parar la fiera, prometiéndoles, si lo lograban, darles el toro y la plaza. Entonces uno de los frailes, penetrando sereno en el circuito, asió al toro de las astas y lo paró. No menos parado y asombrado el concurso, dió a los frailes el terreno prometido y limosnas copiosas para edificar el convento, que fué luego el muy famoso de la Inmaculada Concepción. Entre los misioneros de la provincia de España se contaron los generosos mártires de Valencia, cuyo déspota se convirtió después en ardiente devoto, transformando en convento su propio palacio (10). Una provincia sola, la de Romanía o Grecia, comprendía todo el Levante; y allí, cargado de años como de laureles, trocó la cota por el sayal el rey de Jerusalén y emperador de Constantinopla, Juan de Briena, campeón insigne de aquella raza de caballeros andantes, que a recios mandobles se ganaban una corona para rematar su escudo de armas, un girón de púrpura para ornar los lomos de su corcel de combate, y al fin venían a pedir un hábito monástico con que amortajar sus glorias. Era el rey Juan de Briena tenido por el mejor campeón de su siglo; su coetáneo, fray Salimbene, le pinta alto, vigoroso y atlético, infundiendo pavor a los sarracenos con los golpes de su férrea clava. Y el poeta obispo de Tournay, le describe octogenario ya, desordenando, impetuoso y terrible como un Ajax o un Héctor, las haces griegas y búlgaras. A tan brioso paladín puso el yugo de perpetua mansedumbre el ministro fray Benito de Arezzo.

Italia, como punto inicial de donde se propagó el movimiento franciscano, contó en su seno diversas provincias: la de Toscana, la de la Marca, la de Lombardía, la de Tierra de Labor, la de Calabria, la de la Pulla; fértiles y pingües heredades. Tierra de Labor

es patria de Tomás de Celano, primer escritor que narró la bella leyenda de San Francisco (11). Este pidió el hábito en 1213, cuando una pléyade de varones literatos y de ciencia vino a engrosar las filas franciscanas.

Volviendo Francisco de Roma, gozoso por la aprobación de su regla en el Concilio, se le presentaron tres hermosas y humildes doncellas, que con las manos asidas le sonreían; y enajenado y absorto, entendió ser la Pobreza, Castidad y Obediencia que venían a festejarle. Otra visión tuvo después, atañedora asimismo a los destinos de la nueva Orden. Parecióle que una gallina se afanaba y deshacía toda por amparar a su cría de polluelos, asaltada de rapaces milanos; pero no alcanzando a cubrirlos el anchor de sus alas, serían presa de las aves de rapiña a no sobrevenir un águila, cuya llegada puso en fuga a los volátiles crueles. Francisco explicó el símbolo. No ignoraba su Orden, desde el principio tan floreciente, traía muy despierta la envidia y la emulación ya en no pocos poderosos de la tierra, ya en mucho clero secular y prelados, más de lo justo celosos de sus prerrogativas, o menos de lo debido amantes del rigor y pureza evangélicos. Enconaba la ira de estos tales el mucho amor que el pueblo iba profesando a los frailes Menores. Por ejemplo: el obispo de Imola negó desabridamente a Francisco la licencia de predicar en su obispado, licencia que luego le otorgó, movido por las mansas súplicas del pobre de Asís. Calculó, pues, Francisco que si a él, débil y pacífica gallina, le faltaba vigor para la defensa de su Orden, urgía buscar un águila fuerte que le amparase. ¿Y quién mejor pudiera amparar a Francisco y a su familia que aquel grande amigo suyo el cardenal Hugolino, obispo de Ostia? Prelado era que, por su elocuencia y piedad, merecía universal veneración; le ensalzaban todos, desde el santo Francisco hasta Fe-

derico II, el perseguidor cismático; ponía respeto su hermosa senectud, la augusta nieve que coronaba sus sienes apacibles, en torno de las cuales veía Francisco refulgir el cerco áureo de la tiara, cuando en tono profético encabezaba así las cartas que escribía al anciano cardenal: "Al reverendísimo padre y señor Hugolino, futuro obispo de todo el mundo y padre de las naciones." Cumplido veremos el vaticinio, y al purpurado de Ostia ocupando el trono de los Pontífices, y sabremos cómo exaltó a su vez al humilde que le había pronosticado la grandeza. Pasaba ya Hugolino por águila entre los individuos del Sacro Colegio, disfrutando alta fama de prudencia y sabiduría; y como se mostraba tan prendado de Francisco, gustando de desnudarse la púrpura y vestir el sayal de los franciscanos y asistir a sus rezos y tomar parte en sus penitencias, fué solicitado para protector titulado de la Orden, y lo otorgó la santidad de Honorio III. Ponderan Tomás de Celano y los *Tres Socios* el celo con que Hugolino desempeñó su cargo. Atendió a cuantas necesidades ocurrían a la Orden; dilató su fama por apartadas regiones; escribió al episcopado recomendando que no se hostilizase a los frailes, antes se les recibiese y atendiese como a hijos predilectos de la Iglesia romana. Fué descanso para Francisco la cooperación generosa del príncipe cardenal, que gestionando la parte terrestre—digámoslo así—de su instituto, dejaba al fundador desahogado y suelto para discurrir en lo espiritual. Por consejo de Hugolino se resolvió Francisco a exponer a Honorio III ante el Consistorio de cardenales el estado de los asuntos de su Orden, a fin de captarse la benevolencia pontificia; pero sentía Francisco de sí tan bajamente, que no se tuvo por capaz de decir cosa de provecho ante aquel senado; y con este recelo anduvo atareado concertando las partes de su oración y acicalándola. Al abrir la boca se encontró con que no recordaba palabra del-

preparado discurso; invocó al Espíritu Santo, y espontáneamente fluyeron de sus labios las frases como arroyos de leche y miel, abundantes y sabrosas.

Honorio III, sucesor del glorioso Lotario, vió cuajarse de flores y frutos rojos y odoríferos el árbol de la Orden franciscana, que apenas mostraba capullos al morir su antecesor. Dos años eran pasados desde que Honorio regía la cristiandad, cuando convocó Francisco a los frailes Menores para asistir a capítulo general, señalando para su celebración la Pentecostés del año 1219. Mientras corría la convocatoria, no interrumpió sus trabajos Francisco, y además de varias fundaciones que datan de aquella época, entre otras la del conventillo de Grecio, teatro de tan tier-nas escenas, atendió a muchos negocios de la Orden, y tuvo en Perusa con el cardenal Hugolino largos coloquios relativos al gobierno de su grey.

Llegó el tiempo prefijado para el capítulo, y se vió descender por las laderas fértiles de Umbria, que a los blandos soplos primaverales comenzaban a vestirse de vegetación, grupos de hombres con ceniciento sayal, que sin báculo ni alforja, descalzos los pies, cantando salmos o platicando entre sí, se dirigían hacia un punto mismo, la Porciúncula. A 26 de Mayo de 1219 estaba el vallecillo convertido en humana colmena, y el astro del día, al lanzar sus primeros dorados reflejos sobre la cresta de las montañas, alumbró a más de cinco mil hombres congregados a la voz de Francisco (12). Diez años hacía que en aquella iglesia de la Porciúncula había escuchado Francisco las palabras del Evangelio, que le sugirieron la idea de su Orden.

Cuantos escritores tratan del extraordinario Congreso, se extasían advirtiendo el contraste entre los cuarteles de los ejércitos y el apacible real franciscano. Acampaban los frailes divididos en escuadrones de ciento o de cincuenta; y siendo el sol claro y la es-

tación ya calurosa, alzaron para cobijarse cobertizos y tinglados de estera, por donde es llamado Capítulo de las *Esteras* aquel concurso. Respiraba todo él compunción y fervor, el fervor encendido y activo que distingue a las Ordenes jóvenes: de tantos franciscanos como bajo los toldos de esparto vivían, éste regaba con lágrimas la cotidiana oración, aquél caminaba con la tortura de los cilicios encogido y temblando; acá un bello mozo meditaba en los abrasados conceptos de la teología mística; allá un viejo todo albeado de canas se dolía de la carga de los años, que le vedaba ir de misionero a climas remotos. Los expertos generales ante todo piensan en procurar víveres y sustento a sus huéspedes; Francisco no cuidó de disponer ni un mendrugo de pan con que aplacar el hambre de los cinco mil huéspedes, a quienes encargó mucho que fiasen en la providencia: y acertó, pues conforme fué abriendo el día, y subiendo el sol a la mitad del cielo, se vieron llegar al campamento gentes de los vecinos lugares, cuál con cestos colmados de frutas tardías, cuál con jaulones de aves, cuál con el canasto donde laten entre hierba los argentados peces, cuál con el odre de generoso vino. Luego se pobló el campo de multitud que hacía pintoresca vista, destacándose sobre los hábitos sombríos de los frailes, ya la faldamenta de blanco lino y el jubón de verde sarga de las plebeyas, ya los ceñidos briales de escarlata golpeados de armiño o franjeados de oro de las damas de alto linaje. Venían con sus hijuelos, que presentaban a los penitentes para que los bendijesen. Y los niños, risueños, ofrecían a los frailes viandas, frutos, tortas y panecillos, pareciendo el cuadro uno de esos opulentos retablos de la decadencia, donde al lado de los santos graves en actitud de orar, ríen traviosos ángeles envueltos en sarmientos y racimos, en guirnaldas de pomas y flores...

Halláronse en el capítulo de las Esteras Hugolino

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YÉS"
1625 MONTERREY, MEX.

el protector de la Orden, y Domingo de Guzmán, el español apóstol de Provenza (13). Comenzó a advertirse en los frailes congregados mortandad, que pudo originar el ambiente palúdico de aquellos campos, o las fatigas del viaje y escaseces del alojamiento. Temió Hugolino se declarase la epidemia, y Francisco ordenó a los capitulares contenerse en las penitencias, entregando los instrumentos de mortificación: la orden se cumplió, y aparecieron hasta seiscientos cilicios, mallas, gruesas cadenas y rалlos erizados de púas. Pronunció Hugolino un panegírico de la institución franciscana: y levantándose Francisco, dijo la exhortación memorable:—"Grandes cosas hemos prometido, mayores nos ofrecieron: cumplamos las unas, aspiremos a las otras. Breve es el goce, eterno el castigo, leve el sufrir, infinita la gloria, muchos los llamados, los elegidos pocos. Cada cual recibirá según sus merecimientos."

Fueron varios los asuntos que se trataron en el capítulo de las Esteras. Las disposiciones adoptadas, importantes al porvenir de la Orden, son la de mentar en especial a San Pedro y a San Pablo en las oraciones *Protege nos* y *Exaudi nos*, y la de cantar todos los sábados misa solemne a la honra de la Inmaculada Concepción (14). Tales acuerdos, en apariencia meramente piadosos, significaban, el primero, la perenne ortodoxia de la Orden y su adhesión a la Iglesia madre; el segundo, el criterio teológico de la Orden, que atiende a la belleza no menos que a la verdad soberana. También comenzó a agitarse en el capítulo de las Esteras la magna cuestión de la pobreza, destinada en lo venidero a desgarrar la Orden con hondo y sañudo cisma. Alegando especiosas razones, se llegaron al cardenal Hugolino los ministros provinciales fray Elías y Juan de Eustaquia, a sugerirle la necesidad de modificar la regla en lo tocante a la absoluta renuncia a todo bien temporal. Así el ideal de Francisco,

como los ideales todos, no bien roza la tierra con sus alas de luz, las ve manchadas de polvo impuro. Francisco contestó al cardenal:—"Sabe, señor, que no soy yo, sino el mismo Jesucristo, quien ha escrito la regla, y ni en un ápice puedo alterarla."—Tomando en seguida de la mano al Protector, le guió adonde se hallaban los frailes congregados en capítulo, y habló así:—"Hermanos, hermanos míos, yo he sido llamado por Dios a la vía de la sencillez y humildad, a fin de que siga la locura de la Cruz. Para gloria de El y confusión mía y paz de vuestras conciencias, os declararé que me ha dicho:—"Francisco, quiero que seas en el mundo un insensatuelo, que de palabra y obra predique la locura de la Cruz; que tú y tus frailes no sigáis más que a mí; que yo sea el único modelo de vuestra vida."—Pronunciada la arenga, salió Francisco, y vuelto Hugolino al senado exclamó:—"Bien veis cómo el Espíritu Santo habla por boca del apostólico penitente: su palabra sale como espada de dos filos, penetrando hasta el fondo del corazón: no contristéis al espíritu de Dios, no seáis ingratos a los beneficios que os dispensa: realmente está en ese pobre, por medio del cual os manifiesta las maravillas de su poder." Callaron todos, y por entonces quedó asentada y firme la Pobreza.

Los frailes expedidos a misiones dieron quejas a Francisco de haber sido maltratados en varias partes, no sólo por las gentes, sino por el clero alto y bajo, que les acogía con menos cordialidad que recelo. A fin de remediar este mal sin rencillas ni discordias, solicitó Francisco de Honorio III el breve siguiente:

"Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios: a los arzobispos, obispos, abades, deanes, arcedianos y otros prelados de las iglesias: Como los amados hijos fray Francisco y los compañeros suyos de vida y religión de los frailes Menores, despreciadas las vanidades y delicias de este mundo, hayan elegido un ca-

mino de vida que aprobó dignamente la Iglesia romana, y sembrando las semillas de la palabra de Dios, a imitación y ejemplo de los apóstoles, viven en diversas partes y mansiones; a todos vosotros universalmente rogamos y exhortamos en el Señor, mandándoos por este rescripto apostólico que a los que llevaren las presentes letras, siendo del colegio y congregación de dichos frailes, cuando llegaren a vuestros territorios, les recibáis como a católicos y fieles, y además, por reverencia de Dios y nuestra, les seáis favorables y benignos. Dado el tercero de las idus de Junio, año tercero de nuestro pontificado.”

Con estas letras comendaticias dispuso Francisco dar nuevo y mayor empuje a la comenzada obra de las misiones: que no cabía ya el espíritu franciscano en los estrechos ámbitos de Italia, y pugnaba por desbordarse. Allí, en aquel capítulo, viendo reunido en torno suyo lo más granado de su numerosa prole, pudo discernir y señalar a los idóneos para cada oficio. Hacíalo investido de autoridad suprema, habiendo sido elegido unánimemente general, cosa que bien presentía él cuando en el camino de Perusa a Asís dijo al fraile que le acompañaba:—“Imagínate que en este capítulo me piden que les predique, y que después de hablar yo como pueda, con calor y lisura, soy motejado de ignorante, y por rústico me desprecian y baldonan, y que gritando:—no queremos por superior a este san-dio—me arrojan del capítulo. Pues si no permaneceré sereno e inalterable en este caso, no me tendré por fraile Menor verdadero. Ahora bien, más que a tal suceso temo yo a ensalzamientos y honores.”—Vióse en los primeros ejercicios de su poder la sencillez de su método y la fuerza de su voluntad. Unas cuantas palabras suyas enviaban a lejanas naciones hombres heroicos, penetrados totalmente del pensamiento franciscano. El diploma se reducía a la más breve fórmula.—“Yo, el hermano Francisco de Asís, ministro ge-

neral, te mando por obediencia a tí, hermano Cordero de Pisa, que vayas a Inglaterra a ejercer el cargo de ministro provincial. Adiós” (15). — Tres circulares completaban el lacónico mandato: era la primera para los clérigos, encomendándoles que manejasen con respeto y guardasen con decoro la Eucaristía; la segunda para las potestades temporales, a las cuales dice:—“Considerad atentamente que la hora de la muerte se aproxima; no sea que con el tráfago de los negocios mundanos echéis en olvido a Dios y quebrantéis sus mandamientos, que malditos son cuantos del Señor se apartan.”—Y la circular tercera enseñaba a los superiores de la Orden que “hay cosas altas y sublimes ante Dios, tenidas quizás por los hombres en concepto de viles y abyectas; bien como otras, muy estimadas de los hombres, son a los ojos de Dios despreciables.”

Todo el tiempo que duró el capítulo no cesaron los pueblos comarcanos de acudir con manjares y socorros. Domingo de Guzmán, que al pronto temió diez-mase el hambre a aquella muchedumbre falta de todo recurso, salió, según se asegura, maravillado y ardiendo en deseos de cimentar su Orden en la misma completa pobreza evangélica. Y el anciano Hugolino, recorriendo las apretadas filas que se tendían por la llanura como copiosa mies trival donde no asoma cizaña; viendo aquella legión resuelta, cual la chica hueste griega de Leonidas, a lidiar ella sola contra todo el universo, prorrumpió, vertiendo lágrimas de gozo, en esta frase:—“*Vere castra Dei sunt hæc.* (Este sí que es el real de Dios.)”

NOTAS

(1) *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar: Dico enim vobis, quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.* (Luc., XXII, 15.)

(2) Santo Domingo de Guzmán fué natural de Caleruega, diócesis de Osma, en Castilla la Vieja. Llamábanse sus hidalgos padres D. Félix de Guzmán y doña Juana de Aza, venerada por santa en los altares.

(3) Lacordaire, *Historia de Santo Domingo.*

(4) "El obispo Diego y el canónigo Domingo llegaron de Roma a Montpellier, a tiempo que los tres legados apostólicos resolvían tristemente resignar en manos del Papa su cargo de misioneros. Eran, no obstante, hombres de gran fe y espíritu: pero abandonados de todos, ni bien podían obrar por vía de autoridad, ni de persuasión. Ningún obispo de aquellas provincias quería juntarse con ellos para exhortar al conde Raimundo VI a recordar los gloriosos hechos de sus antecesores. Ni tuvieron mejor resultado las conferencias con los herejes, pues éstos oponían siempre la lastimosa vida del clero, repitiendo las palabras del Señor: En sus frutos les conoceréis." (Rohrbacher, *Histoire de l'Eglise Catholique.*)

(5) Un día, como el Abad del Cister saliese con sus monjes, cercado de pompa, para ir al Languedoc a trabajar en la conversión de los herejes, dos castellanos que volvían de Roma, el obispo de Osma y uno de sus canó-

nigos, el famoso Santo Domingo, no vacilaron en decirle que tanto lujo y boato destruirían el efecto de sus palabras.—"Con los pies descalzos—dijeron— hay que marchar contra los hijos del orgullo; ejemplos quieren, y no los reduciréis con frases."—Los cistercienses se apearon de sus monturas, y siguieron a los españoles. (Michelet, *Histoire de France.*)

(6) Algunos opinan que esta proposición de Santo Domingo fué hecha cuando en 1219, antes del capítulo de las Esteras, se encontraron otra vez ambos fundadores en Perusa, en casa del cardenal Hugolino. San Francisco respondió en estos términos:—"Hermano mío, es voluntad de Dios que nuestras Ordenes crezcan separadas, porque esta variedad conviene a la humana flaqueza, que por ventura habrá quien huya de la estrechez de una Orden y se conforme con la suavidad de otra."—En la misma ocasión rehusaron los dos santos las prelaturas y dignidades eclesiásticas que Hugolino les ofrecía para sus hijos.

(7) Fray Damián Cornejo.

(8) *Domine, vos putatis quod solummodo propter istas provincias Dominus miseret Minores; sed dico vobis in veritate, quod Dominus eos elegerit et miserit propter profectum et salutem animarum totius mundi. Et non solum in terris fidelium, sed et infidelium, et paganorum benigne recipientur et multas animas Deo lucrabuntur.* (Bartolomé de Pisa, citado por Chavin de Malán.)

(9) Fray Pánfilo de Magliano, *Storia compendiosa di San Francesco.*

(10) Los mártires de Valencia fueron Juan de Perusa, presbítero, y Pedro de Sasoferrato, lego. En la sacristía del convento de San Francisco de Valencia se conservaba un cuadro, obra del famoso canónigo Victoria, discípulo de Carlo Marata, que representaba á don Vicente Belvis, "llamado antes Zeit-abu-Zeit, rey árabe

de Valencia, a quien su hermano Zen, rey de Denia, despojó del trono; y él acudió a Calatayud en busca del rey D. Jaime, conquistador de esta ciudad: recibió la religión cristiana y cedió este sitio, en donde estaba su palacio, para los frailes de San Francisco." (Ponz, *Viaje de España*.)

(11) Algunos creen al beato Tomás de Celano autor también de la *Vida de Santa Clara*, por otros atribuida a San Buenaventura.

(12) Número más sorprendente si se tiene en cuenta que en los conventos quedaban muchísimos frailes, por necesidad.

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de San Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia*.

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Assisio, minister generalis, precipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et tibi facias officium ministeriatu.*

CAPÍTULO VI

PRIMER CORONA

La sexta Cruzada.—El aviso del penitente.—San Francisco y el Sultán.—Los protomártires.—Primer corona.—Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia.—Predicación.—Retiro.—Anécdota.—Visión.

.....
Pues infinitas estrellas
Son mártires infinitos,
Como las llagas parece
Que el Imperio habéis partido.

.....
Lope de Vega: *Romance á las Llagas*.)

Corto tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente misiva del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. "Nunca—decía el mensaje—se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de ultramar, y no hallándose en esta tierra ni un acémila, ni un corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vituallas y monturas. El gran sultán Sefedino tiembla, porque sabe que llegaron aquí el rey de